

¿Qué hacer?

Por mucho que se hable o se discuta, pública o privadamente, acerca de nuestro vicio nacional, la embriaguez, nunca se llegará a decir o a conocer, exactamente, hasta qué punto ese vicio se encuentra extendido entre nuestra gente ni hasta dónde alcanzan sus resultados. Tres aspectos, poco contemplados, de este asunto, pueden darnos una idea, aunque somera, de esa extensión y de ese alcance.

1: No es sólo la gente modesta la que bebe y se embriaga en Chile; también lo hace, con gran entusiasmo, la gente de otras clases. La mayoría de los clubs sociales, políticos o de otra índole que existen en la ciudad, con personería jurídica y pomposos nombres, son, con escasísimas excepciones, viles borracherías. Allí donde hay un bar y donde falta un freno o una coacción moral mínima, hay borrachos a docenas. Si la policía tuviera o se diera la suficiente autoridad como para penetrar en esos clubs y sacar de allí a los borrachos, publicándolos después sus nombres en los diarios, no hay duda de que todos quedaríamos asombrados. Decenas de hombres inteligentes han encontrado en esos antros el camino que los ha hecho desaparecer en plena juventud o que los ha convertido en ruinas físicas, mentales y sociales y decenas de hogares han debido y deben su abandono, su descomposición o su degradación. Esos borrachos no se ven en las calles ni en los caminos: se van a casa en automóvil.

2: Es en los campos donde la embriaguez alcanza, sobre todo, proporciones aterradoras. Lejos de la policía y de los reglamentos municipales, sumergida en un analfabetismo sin orillas y amparada por la indiferencia/^{del ambiente} muchas veces ^{empujada} por la complicidad de algunos repugnantes seres, la gente bebe en forma que ni siquiera es dable imaginar. Generaciones y generaciones caen bajo el peso de millones de repletos chuicos, sin tener jamás en la conciencia la más mínima sospecha de que se pueda vivir y morir de otra manera y sin que nadie se acuerde, alguna vez, de cómo viven y cómo mueren.

3º Rara vez el hombre de la ciudad se emborracha en su casa; siempre lo hace en una cantina, sea cual sea el disfraz ~~o disfraz~~ que esa cantina tiene: club, salón de baile, casa de diversión o restaurante. El ingenio de los traficantes de licores es tan agudo como su cinismo. ¿Cuántas cantinas hay en Chile? Su número es pavoroso, tan pavoroso que a veces pensamos que si, en determinado momento, hay en Chile alguien que no esté borracho, ello se debe a puro milagro. Y su número crece cada día, con la misma fuerza con que la pus crece en una herida infectada.

Después de contemplar estos tres aspectos, uno duda de que para extirpar este terrible mal sea suficiente el perseguir la venta clandestina de licores o publicar affiches en que se recomiende beber moderadamente. La industria vitivinícola entrega al Estado, en concepto de impuestos, muchos millones de pesos, pero ¿podrá pagarse, con todos esos millones, el precio de los hombres ^{que mueren} que el vino está matando?

Manuel Rojas

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©